

Emmanuel Sieyès

¿Qué es el Tercer Estado?
precedido de
Ensayo sobre los privilegios

Introducción de Marta Lorente
y traducción de Lydia Vázquez



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Qu'est-ce que le Tiers État?*
Essai sur les privileges

Primera edición: 1989

Tercera edición, revisada: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción: Marta Lorente Sariñena

© de la traducción: Lydia Vázquez Jiménez

© Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-197-8

Depósito legal: M. 20.875-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Emmanuel-Joseph Sieyès, o la geometría política variable de la Revolución francesa, por Marta Lorente
- 9 Fama, olvido y rehabilitación del «oráculo de la Revolución»
- 21 ¿Coherencia o incongruencia? Breve análisis de la vida y obra del *abbé* Emmanuel-Joseph Sieyès (Fréjus, 1748-París, 1836)
- 46 Privilegio, nación y Constitución. Notas sobre el *Ensayo sobre los privilegios* y *¿Qué es el Tercer Estado?*
- 62 La presente edición
- 65 Bibliografía citada

- 71 Ensayo sobre los privilegios
- 109 ¿Qué es el Tercer Estado?
 - 111 I. El Tercer Estado es una nación completa
 - 118 II. ¿Qué ha sido hasta hoy el Tercer Estado? Nada
 - 126 III. ¿Qué pide el Tercer Estado? Llegar a ser algo
 - 148 IV. Lo que el Gobierno ha intentado y lo que los privilegiados proponen en favor del Tercer Estado
 - 175 V. Lo que habría debido hacerse. Principios a este respecto
 - 193 VI. Lo que queda por hacer. Desarrollo de algunos principios

Emmanuel-Joseph Sieyès, o la geometría política variable de la Revolución francesa *

Fama, olvido y rehabilitación del «oráculo de la Revolución»

El 4 de julio de 1798 tuvo lugar una pomposa ceremonia en el *Berliner Stadtschloss* (Palacio Real de Berlín) destinada a rendir homenaje al nuevo rey de Prusia, Federico Guillermo III. Cumpliendo con el protocolo a la sazón vigente, mientras que la representación del vecindario berlinés se reunió en el jardín, la nobleza de la Marca de Brandeburgo y los invitados extranjeros hicieron lo propio en el salón blanco del edificio. Tocados con peluca, los prusianos portaban sus mejores galas, compitiendo en atavíos con los miembros del cuerpo diplomático, en su mayoría militares, que añadieron aparatosos distinti-

* El presente estudio introductorio ha corrido a cargo de DER2014-56291-C3-1-P.

vos identificadores de su misión a sus ya de por sí lujosos uniformes¹. La aparición de un hombre destocado, sin espada o adorno ceremonial alguno y vestido con una simple chaqueta negra cruzada por una enorme banda tricolor, arrancó un sonoro murmullo entre aquella multitud de pelucas empolvadas y centelleantes vestimentas. Era el representante de la República francesa, Sieyès, quien, según afirmó uno de los asistentes, Friedrich Ludwig von der Marwitz, tenía rostro de canalla². El juicio, sin embargo, no se sostiene, ya que los retratos de Sieyès solo nos muestran a un hombre más bien vulgar, severo de gesto y un tanto enfermizo. Cabe pues presumir que Marwitz, como seguramente la mayoría de los asistentes, sufría de una afección ocular causada por el bacilo del prejuicio nobiliario, responsable también del gélido vacío que Sieyès debió de sentir a su alrededor a lo largo de toda la velada³.

Razones, empero, no les faltaban. Con su inadecuado atavío, Sieyès encarnaba físicamente un universo opuesto al simbolizado y/o reproducido en la ceremonia berlinesa, un universo que, por cierto, los asistentes conocían razonablemente bien. Las revistas, periódicos, obras o panfletos sobre la Revolución francesa escritos por alemanes se contaban por miles⁴, a lo que debe añadirse que la obra de Sieyès había tenido una difusión extraordinaria en el mundo germanoparlante. En efecto, el embajador no solo contaba con rendidos admiradores entre su sector revolucio-

1. Sorel (1903) 333.

2. Cit. por Brunner (1976) 129.

3. Mignet (1837) 90.

4. Lefebvre (1987).

nario⁵, sino que incluso personajes de la talla intelectual y posición institucional de Guillermo von Humboldt lo consideraron como el único metafísico francés relevante de su tiempo⁶.

Y es que Sieyès no era un hijo de la revolución sino uno de sus más relevantes progenitores. Así, a su vuelta de Berlín, la práctica totalidad de las dignidades del régimen le ofrecieron un espectacular homenaje en una ceremonia destinada a festejar el aniversario de la República, en la cual no faltaron salvas de artillería, coros entonando cantos patrióticos, guirnaldas y árboles de la libertad ornados con los colores nacionales. En el discurso inaugural del acto, que corrió a cargo del presidente de la Asamblea de los Quinientos, Boulay de la Meurthe, se elevó la figura de Sieyès a la categoría de primer fundador de la República, atribuyéndole la autoría de las ideas de unidad e inviolabilidad de la nación sin las cuales la República no podía ser concebida⁷. Boulay, empero, no hizo hincapié en una previa cuestión, a saber: que la jovencísima nación francesa, sujeto y objeto de la celebración, era el resultado de la abolición de una sociedad de órdenes y de su correspondiente reflejo estamental, contra cuya legitimación Sieyès había formulado en *¿Qué es el Tercer Estado?* argumentos tan demoledores como el siguiente:

Si los aristócratas, al propio precio de esa libertad de la que se muestran indignos, intentan mantener al pueblo en la

5. Ruiz (253) 253-272.

6. Guilhaumou (1999) 513-535.

7. Bastid (1978) 227.

opresión, este se preguntará en virtud de qué título. Si se le contesta que en virtud de la conquista, habrá que convenir que esto sería remontarnos demasiado lejos. Pero el Tercero no debe temer tiempos pasados. Se remitirá al año que precedió a la conquista; y puesto que hoy es demasiado fuerte como para no dejarse conquistar, su resistencia será sin duda eficaz. ¿Por qué no restituir a los bosques de Franconia a todas esas familias que mantienen la loca pretensión de provenir de la raza de sus conquistadores y heredar sus derechos?

Los historiadores han venido coincidiendo en la valoración de este conocido párrafo: «Nunca despidió con mayor altivez una clase nueva a los privilegiados de lo pasado», sentenció el historiador y político socialista Jaurès⁸; «todo el 89 aparece aquí resumido», afirmó más tarde el muy académico Furet. En efecto, Sieyès fue el mejor formulador de esa política de demonización del pasado que impregnó hasta la médula el discurso revolucionario francés⁹, situándolo en las antípodas de otros coetáneos. Las consecuencias constitucionales del ahistoricismo político galo fueron enormes ya que frente al obvio universo historicista anglosajón, o incluso al más desconocido bicontinental hispánico¹⁰, la «tabla rasa» francesa se llevó por delante no solo la historia sino la mera posibilidad de recurrir a ella en orden a imaginar/construir un nuevo orden político-jurídico¹¹. 1789, en definitiva, inauguró un relato de orígenes de la Nación

8. Jaurès (1982) 190.

9. Baczkó (1987) 499.

10. Lorente, Portillo (2012).

11. Furet, Halévi (1996).

francesa en el cual los órdenes privilegiados no solo no cabían, sino que directamente sobraban. Así las cosas, no resulta extraño que la mera presencia de Sieyès despertara pasiones en cualquiera de los sentidos dentro y fuera de las fronteras de Francia.

Su estrella brilló espectacularmente entre la convocatoria de los Estados Generales en 1788 y el golpe de estado de Brumario que aupó a Napoleón al poder (9 de noviembre de 1799). Sin embargo, el crédito intelectual y político de quien fuera conocido como «el oráculo de la Revolución» fue decayendo intermitentemente a lo largo de todo el periodo hasta el momento en que contribuyó decisivamente a terminar la revolución que había comenzado¹². Más adelante, el meteórico ascenso de Bonaparte al Consulado (1799) y al Imperio (1804) fue inversamente proporcional al palidecer del astro revolucionario: Napoleón lo apartó del primer plano de la política colmándolo, eso sí, de honores y riquezas. La(s) derrota(s) del emperador se llevaron por delante todo lo que quedaba del crédito del regicida entrado en años que era por entonces Sieyès, quien además tuvo que exiliarse en Bruselas tras la restauración de la monarquía borbónica en Francia. Ni siquiera las «Gloriosas jornadas» de 1830, que instalaron a los Orleans en el trono permitiéndole regresar a París, sirvieron para encender de nuevo su estrella. Ausente por completo del nuevo régimen político-constitucional creado en torno a Luis Felipe –hijo por cierto de otro regicida como él–, tuvo que contentarse con la recuperación de

12. Mignet (1837) 99; Sainte-Beuve (1851) 203; Baker (1988) 344.

su sillón en la Academia, de la que había sido expulsado en 1816. Su muerte pasó casi desapercibida: a sus exequias civiles no asistieron precisamente multitudes, y, excepción hecha de publicaciones vinculadas a su círculo académico¹³, pocos fueron los periódicos que dieron cuenta del deceso del antiguo revolucionario. El epitafio grabado en su tumba del cementerio del Père-Lachaise es escueto en demasía:

Emmanuel-Joseph Sieyès, nacido el 3 de mayo de 1748, muerto el 20 de junio de 1836¹⁴.

La historia de su declive no se acaba aquí, dado que a la muerte física le sucedió la civil. Hay que espigar mucho para encontrar alguna muestra de interés por la obra de Sieyès tras su fallecimiento: salvo Mignet, los grandes historiadores decimonónicos no dedicaron estudio específico alguno al análisis de su pensamiento, lo que contrasta con su inevitable presencia como personaje en la historia francesa. A la vez, el tratamiento decimonónico de su obra fue poco generoso, como se pone de manifiesto si se compara el gran interés que Tocqueville demostró por el historicista Burke y el escaso que le inspiró el antihistoricista Sieyès. Algo similar podría decirse respecto del interés académico por su obra a lo largo de una buena parte del siglo XX, ya que hay que esperar a 1939 para asistir a la publicación de la primera obra «científica» sobre Sieyès –por parte del jurista Paul Bastid– y a 2004

13. Simeon (1836); Boulay de la Meurthe (1836); Mignet (1837).

14. Bredin (1988) 526.

para ver reunido en París el primer congreso destinado a analizar el pensamiento del abate.

¿A qué se ha debido este descenso de Sieyès a los infiernos del olvido?

A día de hoy, la práctica totalidad de sus estudiosos tratan de responder a esta cuestión. Algunos, incluso, se confiesan sorprendidos ante la abundancia de investigaciones sobre «un pensador tan mediocre como Robespierre», y el escandaloso olvido en el que se ha sumido al «teórico que, después de Montesquieu, sin duda ha hecho la aportación más importante a la doctrina político-constitucional francesa»¹⁵. No hace falta denigrar a Robespierre para enaltecer la figura del abate: como bien ha señalado Gauchet, en Robespierre se resume «la formidable ambivalencia de la herencia del momento fundador», que caracteriza lo que de original tiene la tradición política francesa¹⁶. En todo caso, el interés actual por la obra de Sieyès marca el fin de esa condena al ostracismo en la historia del pensamiento político constitucional; es más, especialistas en distintos campos del saber (historiadores, juristas, lingüistas, filósofos, politólogos, etc.) llevan varias décadas embarcados en la tarea de recuperar, analizar y valorar la obra completa de Sieyès.

Pero constatar un giro copernicano en el interés actual por Sieyès no explica el cuándo, cómo y porqué del mismo. Para responder a estas preguntas, y por supuesto sin afán exhaustivo alguno, tomaremos en consideración

15. Pasquino (1998) 75.

16. Gauchet (2018) 9.

tres distintas cuestiones, obvias por lo demás, estrechamente relacionadas: 1) qué influencia tuvo lo que dijeron los contemporáneos sobre Sieyès en la valoración posterior de su obra; 2) cómo afectaron al mayor o menor interés por el pensamiento de Sieyès los cambios –políticos y/o académicos– habidos en la historiografía sobre la Revolución; y 3) qué ha supuesto para el conocimiento de su obra el uso que los profesionales del derecho hicieron de ella en orden a legitimar la construcción de disciplinas jurídicas en los más de dos siglos que nos separan de su escritura.

1) *Los contemporáneos*. El enorme ascendiente intelectual y político del que gozó Sieyès a lo largo de su década gloriosa corrió parejo a la poca simpatía que despertó entre la mayoría de quienes lo conocieron, trataron o simplemente soportaron. Modelo de inhumanidad y avaricia (Talleyrand); cínico y orgulloso (T. de Lameth); cruel y corrupto (Barras); enfermizamente intrigante (Robespierre) y, en esto coincidieron casi todos, miedoso compulsivo (Fouché, Napoleón)¹⁷. Incluso sus más fervientes admiradores, algunos de los cuales pueden considerarse herederos de su pensamiento¹⁸, no se privaron de hacer mención a su carácter. Así, por ejemplo, Constant se refirió a su extraño humor y genérica desconfianza en un sentido muy similar a Germaine de Staël¹⁹, quien afirmó que Sieyès solía poner su inteligencia al servicio de sus cambios de humor²⁰. Lo cierto es que a Sieyès le llovieron las crí-

17. Néton (1900) 464; Bredin (1988) 13-14.

18. Pasquino (1987) 214-229.

19. Constant (1830) 119.

20. Staël (2017) 183-184.

ticas de personajes y sectores muy distintos. Su temple –«sangre fría», dirá su biógrafo Bastid– no impidió que las tomara en consideración, ya que pensaba, no sin razón, que «la manera de ver a un hombre formaba también parte de su vida»²¹. Así se explican muchos de los textos exculpatorios escritos por Sieyès o por algunos de sus amigos más cercanos, entre los cuales destaca su famosa autobiografía, de la que se infieren sin dificultad muchos rasgos de su complejo, y en verdad no muy atractivo, carácter.

2) *La historiografía*. Tendrán que pasar muchos años para que las críticas al personaje dejen de influir en la valoración de su obra. Sabido es que la mayoría de los primeros cultivadores de la historia de la Revolución no fueron profesionales, sino periodistas, políticos o escritores que se decantaron por escribir una suerte de historiografía política en la que el mejor o peor tratamiento de las fuentes primarias no importaba en demasía. Claro está que todo ello no afectó a la extraordinaria calidad de una buena parte de su producción, la cual tuvo mucho de reflexión política sobre su propio tiempo. Y es que, en efecto, la práctica totalidad de ideologías decimonónicas se apoyaron en distintas percepciones del significado de la Revolución en orden a la construcción de la sociedad y Estado modernos. En este marco, dominado por la pugna mantenida entre nostálgicos del pasado, liberales, demócratas y socialistas, la originalidad de la obra de Sieyès no alcanzó reconocimiento alguno.

21. Sieyès (1794) 4.

El advenimiento de la III República marcó un antes y un después en este panorama. El estudio de la revolución se profesionalizó, creándose a estos efectos una cátedra de Historia de la Revolución en la Sorbona (1891), cuyo primer titular, Alphonse Aulard²², cultivó también una historia política apoyándose sin embargo en un primoroso manejo de fuentes. Sin entrar en más pormenores, la «historiografía universitaria de la Revolución» que le sucedió fue imponiendo una lectura social que devino esencialmente marxista desde la década de 1930 a la de 1970, la cual, basada en la premisa de la lucha de clases como motor del progreso histórico, dejaba poco o ningún sitio al estudio de la obra de Sieyès. Identificado como el representante por excelencia de los intereses de la burguesía, su pensamiento fue tachado de contradictorio y poco original incluso por uno de los más grandes historiadores marxistas del siglo xx: George Lefebvre²³.

A mediados de la década de 1960, la crítica a la lectura marxista de la Revolución comenzó a tomar cuerpo en torno al debate suscitado tras la publicación de la obra de Furet y Richet²⁴. Más tarde, Furet propuso una nueva lectura, que, rebajando el valor de la lucha de clases como clave de la comprensión de la experiencia revolucionaria, ponía el acento en la emergencia de una nueva ideología política democrática, en la cual la competición por la apropiación de la legitimidad de los discursos resultó ser

22. Aulard fue también el director de la muy influyente revista *La Révolution française*, en la cual publicó un estudio sobre Sieyès: Aulard (1920).

23. Lefebvre (1963) 146-149.

24. Furet; Richet (1965).

el verdadero elemento dinamizador de la revolución²⁵. No sin dificultad, este planteamiento fue ganando adeptos hasta convertirse en nuevo paradigma hermenéutico, contribuyendo sin duda a despertar y multiplicar el interés por la obra de Sieyès entre todo tipo de científicos sociales, muchos de los cuales vienen considerándolo como el pensador más profundo de la experiencia revolucionaria francesa.

3) *La doctrina jurídica*. A diferencia de lo ocurrido en el campo de la historia, la obra del abate comenzó a ser valorada muy pronto por los juristas decimonónicos, lo cual resulta comprensible dado que si algo caracterizó a ese «Newton de la política» fue su enorme capacidad para imaginar constituciones²⁶. Sus proyectos, empero, no siempre fueron alabados, ya que muchos juristas franceses se acercaron a su obra con intenciones muy críticas, propias, por lo demás, del pensamiento doctrinario. Pero no importa tanto el sentido cuanto la metodología utilizada en el tratamiento de la obra de Sieyès, ya que a los cultivadores del derecho no les interesó tanto saber qué quiso decir el abate, cuanto qué uso político-jurídico podían dar a su obra. Así, por ejemplo, Laboulaye afirmó a propósito de la discusión sobre la revisión de la Constitución de 1848, que las ideas de Sieyès tenían mucho más sentido en 1851 que cuando las formuló en 1789²⁷. Esta metodología, presente por lo demás en todos los campos del derecho, fue explotada a fondo por la gran publicística fran-

25. Furet (1980).

26. Sainte Beuve (1851) 203.

27. Laboulaye (1872) 163.

cesa de la III República, que convirtió a Sieyès en uno de los padres fundadores del derecho público deformando su pensamiento, como bien se desprende por ejemplo de la paradigmática obra de Carré de Malberg²⁸. Sin embargo, todo ello no impidió que fuera la obra del constitucionalista Paul Bastid la primera investigación científica sobre el pensamiento de Sieyès.

Más adelante, las décadas de 1960 y 1970 también asistieron a una revolución metodológica en lo que respecta al uso de la historia por parte de los juristas. Con mayor o menor firmeza, muchos entre ellos criticaron la proyección de categorías nacionales o dogmáticas a la hora de hacer historia, por lo que esta última pudo dejar de ser un relato de las continuidades –de principios, conceptos o instituciones– para convertirse en una suerte de catastro de todo aquello que resulta ajeno a nuestras actuales coordenadas jurídicas. Como quiera que tomar en serio este planteamiento supone desterrar el uso y abuso del pasado jurídico en orden a la legitimación del presente, también los juristas, en especial los iushistoriadores, vienen recuperando el sentido originario de la obra de Sieyès a la que sin embargo atribuyen una viva actualidad²⁹.

Como causa o consecuencia de todo ello, el acceso a la obra de Sieyès ha cambiado radicalmente. Nuestro abate escribió mucho pero publicó poco, a lo que debe añadirse que gran parte de su abundante obra manuscrita se dio por perdida durante mucho tiempo. La publicación y traducción de algunos de sus escritos, no por descono-

28. Laquière (2005) 229-261.

29. Mannoni (2000) 25-53.

cidos menos relevantes³⁰, mejoró notablemente el conocimiento de su obra. Además, gracias a una serie de donaciones inesperadas, los Archivos Nacionales franceses han podido construir los Fondos Sieyès, cuyo catálogo da cuenta de avatares y pérdidas, por ahora definitivas, de la documentación del abate³¹. Algunos de los manuscritos de este fondo se han publicado por un equipo de investigadores, que bajo la dirección de Christine Fauré, ha contado con la colaboración de reconocidos especialistas³².

La estrella de Sieyès ha vuelto a brillar: tras un largo y sin duda injusto olvido, la obra del «oráculo de la Revolución» ha recuperado su perdida fama.

¿Coherencia o incongruencia? Breve análisis de la vida y obra del *abbé* Emmanuel-Joseph Sieyès (Fréjus, 1748-París, 1836)³³.

Sieyès nació en Fréjus en el seno de una familia numerosa de origen plebeyo, a pesar de lo cual su padre, Honoré, pretendió estar vinculado a otra de la nobleza (Plan de Sièyes) con el fin de poder utilizar las armas de la familia. Honoré Sieyès fue un ejemplo típico de pequeña burguesía de funcionarios provinciales, por lo que sus

30. Una excelente selección en castellano en Maíz (1990).

31. Marquant (1970).

32. Fauré (1999) (2007).

33. Todas las informaciones sobre la vida de Sieyès proceden de la *Notice* (1794) y de las obras de Bastid (1978) y Brendin (1988). No haremos referencia expresa a estos textos para facilitar la lectura de las siguientes páginas.

emolumentos como recaudador de derechos reales y director de postas, amén de las ganancias procedentes de algunos bienes que había podido adquirir en el campo, resultaban escasamente suficientes a la hora de hacer ascender a su numerosa prole. Justamente por ello orientó la educación de Emmanuel hacia la carrera eclesiástica haciendo caso omiso de su falta de vocación, como el propio Sieyès confesaría años más tarde³⁴. Se podría dedicar un capítulo entero al análisis de su relación con la religión, pero aquí nos limitaremos a consignar una inquietante opinión de Danton, quien, con razón o sin ella, afirmó que el abate no creía en Dios.

Su educación comenzó en casa. Sieyès tuvo primero un preceptor particular vinculado a los jesuitas, a pesar de lo cual terminó ingresando primero en los doctrinarios de Draguinau y más adelante en el Pequeño Seminario de San Sulpicio de París (1765). Tenía entonces menos de dieciocho años y había recibido ya la tonsura; cinco años después entró en el Seminario de San Fermín, del que salió cura en 1772, y recibió su licencia dos años más tarde después de haber cursado nueve años de estudio en la Sorbona.

Débil de cuerpo pero peligroso de espíritu, según dijeron de él los sulpicianos, su carácter también se fue forjando en estos años de juventud; según escribiría posteriormente, se aisló del mundo debido a que fue invadido por un descontento crónico y una intensa melancolía. La soledad, empero, no hizo mella alguna en su autoestima: seguro siempre respecto de la superioridad de su inteli-

34. Sieyès (1794) 6.

gencia, Sieyès no se contentó con despreciar a quienes no compartieron sus opiniones, sino que consideró enemigo a todo aquel que no reconociese sus méritos. Justo en estos términos se explica la violenta irritabilidad que se desprende de la correspondencia con su padre, en la cual solía quejarse amargamente de las trabas que impedían reconocer los méritos y capacidades de los individuos en una sociedad corporativa como era la francesa, en la que el estigma del nacimiento primaba sobre cualquier otra consideración.

Y es que, a pesar de disfrutar de la protección de destacados hombres de toga (Moreau, abogado en Aix) y miembros del clero (el antiguo obispo de Fréjus, Martin du Bellay, y sobre todo el abate de Césarge), la carrera de Sieyès no avanzaba dado que el beneficio (eclesiástico) que esperaba no llegaba nunca. Solo cuando el obispo Jean Baptiste Joseph de Lubersac –un hombre culto, mundano y sobre todo muy bien relacionado en virtud de su noble origen– lo puso bajo su manto protector convirtiéndolo en su secretario en la diócesis de Treguier (Bretaña), Sieyès comenzó a promocionarse. Siguiendo siempre a Lubersac en su meteórica carrera, fue nombrado canónigo, vicario general y finalmente gran vicario del capítulo de la catedral de Chartres, que para entonces era el más importante de Francia. Como tantos otros, Sieyès no fijó allí su residencia, sino que vivió en París la mayor parte del tiempo, lo que le permitió frecuentar salones y cafés y acompañar a su patrón en viajes por Francia y visitas a la corte de Versalles. Este ascenso «profesional» enriqueció con experiencia sus lecturas: el manejo de asuntos eclesiásticos le convirtió en un magnífico administrador, y su

estrecha relación con Lubersac le permitió desarrollar esa innata capacidad conspiratoria que tantas críticas le depararía.

Su cada vez más encumbrada posición le permitió conocer de primera mano importantes aspectos de la política de la monarquía francesa. Sieyès fue designado representante del clero en los Estados de Bretaña en su paso por Treguier; con posterioridad, fue enviado por la diócesis a la Cámara Superior del Clero de Francia y, finalmente, representó a su orden en la Asamblea provincial de Orleans. Su biógrafo Bastid afirma que fue en esta última cuando abrazó el partido del pueblo a la vista del espectáculo que dieron los privilegiados. No sabemos si fue la gota que colmó el vaso, pero sí que su presencia, que no su participación, en estos foros políticos le ilustró en profundidad respecto del complejo entramado institucional de la monarquía francesa, cuyo barroquismo desigualitario, personal y territorial, se situaba en las antípodas de ese «sistema completo» con el que Beauverger afirma que Sieyès desembarcó en la Revolución³⁵.

Resulta imposible comprender al Sieyès de 1789, 1794/95 o 1799 sin relacionarlo con ese «filósofo espectador» que ya era antes de asistir al primer estallido revolucionario³⁶. Autodidacta soberbio, la principal preocupación de Sieyès —«¿cómo podría yo formarme un pensamiento propio?»—³⁷, le condujo a leer compulsiva y

35. Beauverger (1851) 6.

36. Maíz (2007) 73.

37. Todos los estudiosos de la obra de Sieyès dan cuenta de la enorme influencia que tuvo Condillac en su pensamiento, en especial del

agónicamente las obras de muchos de los tenidos por mayores pensadores en su tiempo³⁸. Los manuscritos de esta época dan cuenta de las lecturas de Sieyès, quien, despreciando por completo el estudio de la historia, transitó de la música a la filosofía, pasando por el derecho natural, la lingüística, la economía o las matemáticas. Además de notas, borradores, apuntes sobre lecturas y un largo etcétera, fue justamente en este lapso de tiempo cuando comenzó a redactar su *Grand cahier métaphysique*³⁹, que nunca vería la luz y al que volvería una y otra vez a lo largo de su vida⁴⁰, así como un importante ensayo de economía política, *Lettres aux économistes sur leur système de politique et de morale*, que tampoco llegó a publicar, pero que explica en parte el contenido de sus más conocidos opúsculos revolucionarios⁴¹.

La revisión actual de todos estos textos ha permitido identificar los presupuestos básicos del pensamiento del abate, a la par que confirmar que los mantuvo a lo largo de su vida. Así, por ejemplo, su precoz preocupación por la insuficiencia del lenguaje, por lo demás propia de su tiempo⁴², le convirtió en un prolífico inventor de neologismos, algunos de los cuales forman parte hoy del vocabulario jurídico-político más básico. Algo similar puede decirse respecto de su opinión sobre la política, ya que, adelantándose a consideraciones actuales sobre el

Essai sur l'origine des connaissances humaines (1746). Cfr. Guilhaumou (1997) 375-391.

38. Quiviger (2003).

39. Guilhaumou (2002).

40. Guilhaumou (2009) 241-254.

41. Dorigny (1988) 17-34.

42. Armogathe (1973) 17-28.